

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

	Páginas	
La Edad Media y el Romanticismo.....	3	Pedro Romero Mendoza.
Nuestros clásicos: La Calamita.....	9	Bartolomé de Torres Naharro.
La vida y el arte de Zurbarán.....	10	Angel Dotor.
Ideario Extremeño.....	14	Juan Pablo Forner.
Mis Musas.....	15	† Enrique Montánchez.
La palabra inconsútil.....	19	«Helenides».
Sin ninguna importancia.....	21	Mariano E. Cardenal.
Amor amarus.....	23	Francisco Belmonte.
Dos de Noviembre.....	24	Eugenio Payo.
De todo un poco: Consideraciones sobre el tiempo.....	25	Francisco Marcos López.
La última rosa.....	31	Ventura Durán.
¡Siempre caminos...!	32	José Canal.
«Identificaciones».....	33	Rafael González Castell.
Pesebre de cristal.....	36	Manuel Pacheco.
Cosas de la vida. (Cuento).....	37	Diego María Crehuet.
Yo estaba allí sentado.....	45	Jesus Delgado.
La Reina, el Conde y el Mago.....	46	Juan Luis Cordero.
«Tendencia y búsqueda de la felicidad humana a través de la historia económica».....	47	Crescencio Rubio Sáez.
Madurez.....	52	Fernando Bravo y Bravo.
Reminiscencias del culto al fuego y a la luna en Santa Cruz de la Sierra.....	53	Antonio Mena Ojea.
Tres pintores de los siglos de oro de España.....	57	Antonio López Martínez.
Noches de Cáceres.....	62	† Federico Reaño Osuna.
Crítica sin hiel.....	63	Un Aprendiz de Hablista.
El «no puede ser».....	65	Vicente Neria.
Versos dedicados.....	67	Joaquín Regodón Marín.
Letras de luto.....	69	Ricardo Becerro de Bengoa y La Redacción.
Mirador: Crónica.....	71	Curio O' Xillo.
Recensiones.....	74	Valeriano Gutiérrez Macías y «Omar el Zegrí».
Notas breves: De dentro y de fuera.....	84	José de la Peña.
Noticia de Revistas.....	86	José Canal.
Varios: Año Mariano y Escuela Oficial de Periodismo.....	90	
Láminas.....		

«Bodegonas», por José Antonio Navarro, fotos Más y «Mazo».



ALCANTARA



Año IX

OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE

Núms. 72-73-74

LA EDAD MEDIA Y EL ROMANTICISMO

Gl prurito clasificador de la ciencia—no hay ser mas aficionado a clasificaciones que el hombre, ha dicho Richter—(1) tiene una legítima justificación: reunir el mayor número posible de individuos bajo un denominador común. Pero esto que es bastante hacedero respecto de la naturaleza, resulta difícil cuando nos movemos en la esfera del espíritu. Las ideas y los afectos se mezclan y confunden de tal modo que su agrupación específica y diferencial no siempre es fácilmente asequible. Sin embargo, esta dificultad tan patente, no disuade del todo al pensamiento crítico de distinguir caracteres y precisar coincidencias. El afán clasificador del naturalista se comunica al filósofo, al historiador, al psicólogo, y cada uno de éstos en el ámbito en que se mueven, agrupa las ideas, los sentimientos, las acciones y con tales elementos morales forman conceptos múltiples que son otras tantas etiquetas o rótulos de la actividad del espíritu. De este proceso conceptual nacen las grandes nomenclaturas de la filosofía, de la literatura, del arte. Entre tales denominaciones tenemos lo clásico y lo romántico. Determinadas singularidades específicamente internas forjan un arquetipo ideal: lo sano, lo fuerte, lo equilibrado o bien lo anárquico, lo enfermizo, lo monstruoso. La combinación o ensamblamiento en el espíritu creador de tales caracteres fundamentales trae consigo una determinada realización de lo bello. Y así llamamos clásica o romántica a una obra en la que se dan ciertas cualidades típicas. Pero en este mundo del espíritu, de tan diversos y cambiantes matices, falla muchas veces el sistema clasificador. En un mismo ejemplar se ofrecen caracteres contradictorios. Y entonces nos damos cuenta de que la rotulación que hicimos es quebradiza e inestable; que nos dejamos imbuir de ciertos prejuicios de escuela; que violentamos la verdadera naturaleza de las cosas para encerrar éstas en determina-

(1). Teorías estéticas. (Madrid, 1884).

dos límites temporales. Este fenómeno se presenta frecuentemente. Shakespeare, Lope y Calderón, por no citar más que figuras señeras, son tres poetas clásicos. Sin embargo, cuán ricas modalidades románticas nos muestra el espíritu de cada uno. Hasta qué punto no será cierto, que se les ha considerado como precursores del romanticismo. Los sentimientos profundamente genuinos del primer tercio del siglo XIX, tuvieron la más fuerte, vigorosa exaltación en aquellos autores. El ímpetu de la pasión, rayano a veces en lo anárquico, también se dió desatadamente en ellos y consiguientemente en sus obras. El hecho inverso se ofrece con Goethe, Schiller, Byron, Fóscolo. Pertenecen a la literatura romántica, son los representantes más egregios de este movimiento, sin embargo ciego estará quien no vea cuanto hubo en ellos de sano y ponderado espiritua-lismo, de acercamiento a la serenidad formal del arte clásico.

El romanticismo se nutrió principalmente de la Edad Media; de sus leyendas, tradiciones, usos, costumbres, ideas y sentimientos. Los tiempos medievales son como si dijéramos una especie de precursor colectivo de lo romántico, considerando este concepto como expresión de una actividad temporal del espíritu, uniforme y sistemática. Porque si miramos tales elementos y caracteres a lo largo de su proyección esporádica, los veremos aparecer a cada instante, aún a través de aquellos movimiento de signo contrario.

El espíritu belicoso, la hidalguía, el honor caballeresco, la magia, la superstición, el bandolerismo, el sentido autoritario y despótico del orden social, la melancolía, el individualismo, la exaltación del valor, la insumisión latente en la conciencia del hombre respecto de un sistema jurídico establecido a favor de los menos en menoscabo de los más, constituían la fisonomía moral de la Edad Media, y esto es lo que ha trascendido en forma sistematizada y orgánica a la literatura y al arte.

La Edad Media había sido mal estudiada hasta ahora. Se la consideraba como un tiempo de cerrazón y tosquedad mental durante el que se habían eclipsado las virtudes más específicas y relevantes del hombre. Todo aparecía envuelto en una densa bruma sombría, como si se hubieran apagado o casi apagado los dos soles que nos alumbran siempre: el de la naturaleza y el del espíritu. La batalladora curiosidad de hoy ha desvanecido tal creencia errónea y los valores morales de aquella edad han sido desenterrados y mostrados a los ojos del mundo estudioso.

Todos los recursos del arte que los poetas movilizaron en el primer tercio del siglo XIX, habían tenido ya realización sensible. La Musa popular había dado forma artística a multitud de leyendas y tradiciones. El espectáculo sobrecogedor de la muerte y las enseñanzas morales que de ésta pueden deducirse, aparecen en los primeros monumentos de las lenguas romances. El amor, con toda su corte de inquietudes, gentilezas y discreteos, está en la poesía de trovadores y juglares. El ideal caballeresco, de que tan despiadadamente se burló nuestro primer novelista, tuvo un largo desarrollo a través de la novela de caballerías, y a veces, como con el poe-

ma heroico del caballero del Santo Graal, toma una significación profundamente psicológica y mística. Eustache Deschamps, Jean Meschinot y Chastellain adelantáronse a todas las lamentaciones de los poetas románticos. Se quejan de las debilidades humanas, de la injusticia, de la envidia, y se sienten atezados por el dolor, la tentación, el tormento, la melancolía y la desesperación. El pintor Pedro de Cosimo organiza una terrible fiesta: *El triunfo de la muerte*. Unos bueyes negros, con los lomos pintados de cráneos, huesos y cruces blancas, tiran de un carro, sobre el que aparece la figura de la muerte, con su guadaña y sepulcros, de los que, entonando un himno fúnebre, salen varios esqueletos... (1). En los frescos de Florencia, unos caballeros y damas que han salido al campo a caballo, se encuentran de pronto con tres ataúdes con sendos cadáveres ya en estado de descomposición. El grave pensamiento de la muerte, como un aldabonazo dado en la conciencia de los hombres, tiñe de patetismo la literatura y el arte. El hastío, la desesperanza, el tedio que trasciende de los versos de Byron, Musset y Espronceda, lo habían sufrido también los poetas franceses en las postrimerías de la Edad Media. El Fausto de Marlowe y Goethe y el Manfred de Byron es el diácono Teófilo que inspira un poema en hexámetros a la monja Rotswitha, de Gandersheim: la primera escritora alemana.

El romanticismo vuelve los ojos al pasado. Se aprovecha de todo el caudal poético que circula a través de la Edad Media. De las alegres y sencillas fiestas que celebra el pueblo germano al aire libre, bajo los tilos; de los torneos; de las cacerías; de los festines orgiásticos que organizan en sus castillos los señores feudales; de sus pillajes y correrías por aldeas y caminos; de las ceremonias nupciales y de los juicios en mitad del campo. Los héroes caballerescos tejen con sus aventuras y sus proezas la más rica poesía legendaria. Sus nombres suenan deliciosamente en nuestros oídos. Bernardo del Carpio, Sigurd, Rolando, Tristán, Lohengrin, Tannhauser. Los *minnesinger* perfuman sus trovas de una dulce filosofía erótica, que más adelante se convertirá en pura metafísica del amor. Hay certámenes de canto, y los laudes y los violines sirven de fondo musical o de acompañamiento a las canciones de las mozas y donceles. A los niños desde muy pequeños, se les adiestra en el uso de las armas. La caza es pasatiempo y ejercicio, desarrolla la agilidad y temple los corazones. En las estancias góticas, de amplios y luminosos ventanales, se lee o se conversa. Nunca falta un tema heroico o galante sobre el que puedan girar las palabras. El hechizo ojival de los templos contribuye a despertar la sensibilidad soñadora del espíritu. En los atrios se interpretan los misterios, los milagros, las leyendas de santos. El pueblo se siente atraído por estos espectáculos en los que balbucea ya el arte. Los bosques, que a veces son verdaderas selvas, sirven de ideal escenario a las tradiciones heroicas. Las residencias de los señores feudales, construidas en la roca viva

(1) Hipólito Taine: *La pintura en Italia*, pág. 226.

o en mitad de una laguna, reciben en tiempos de paz a los huéspedes, organizan certámenes musicales, danzas y festines. Los monjes se dedican al culto, a la enseñanza y a la agricultura. Realizan sus prácticas religiosas, comunican a los demás cuanto saben sobre artes y ciencias, talan los bosques y siembran los campos. En las plazas de las aldeas los histriones andariegos improvisan sobre una mesa o unas tablas un sencillo escenario desde donde entretener con sus dichos a las gentes. La caza de los bosques abundantisíma, suministra ricas y sabrosas viandas en las casas de los magnates; el vino corré torrencialmente en jarras y copas y la miel endulza las rebanadas de pan o es elemento capitalísimo de las más variadas confituras.

El urbanismo inicia su atracción sobre la vida rural y campesina. Créanse las ciudades y con tal motivo comienza la emigración del campo a la urbe. Al aumentar la solidaridad entre los hombres a causa de un mayor trato social crecen las actividades, el quehacer de las gentes. La convivencia trae consigo un buen número de necesidades, y al dictado de estos imperativos se perfeccionan los viejos oficios y nacen nuevas profesiones. Trabájase la piedra, la madera, los metales, el cuero. De las artes serviles, movidas por una filosofía práctica y utilitaria, se pasa a cultivar la pintura y el grabado. Arte rudimentario y tosco, si se quiere, pero arte al fin, pues se mueve por otro estímulo que el de la conveniencia o utilidad: Decóranse y embellecéanse los templos, ilustránse con miniaturas los libros sagrados; adórnense de pinturas las vidrieras de las catedrales y se bordan con primor casullas y dalmáticas (1).

Las Cruzadas llenaron de sentido trascendental el ideal caballeresco. No se luchaba ya por la posesión de un tesoro o de una dama. Godofredo de Bouillón y Tancredo reemplazaron a Sigurd y a Lohengrín. Tratábase ahora de expediciones militares contra los infieles; de la conquista de Tierra Santa: cuna y sepultura de Cristo.

Los oficios que antiguamente enseñaran los monjes, pasan ahora de padres a hijos. La ciudad se llena de ruidos. Es la brillante sinfonía del trabajo. Son los herreros, y los tundidores, y los talabarteros... El espíritu industrial tiene ya un latido vigoroso. La paz es bien aprovechada. Aumenta la producción y se impone exportar los productos. Las calles ofrecen un simpático espectáculo. En los zaguanes de las casas, más sombríos que luminosos, se han instalado las artes serviles: toneleros, carpinteros, herradores, sastres o juboneros, cordeleros, alfareros, zapateros, barberos, tintoreros, forjadores, perales... Entre estos sencillos artesanos están de seguro los ascendientes de los tres Juanes: Hans Rosenblüt, Hans Foltz y Hans Sachs, que más tarde cantarán en verso los afanes y quehaceres propios de sus oficios. No se trabaja al ritmo que hoy, porque la vida es menos exigente y la jornada más larga; pero es a través de estas profesiones como se hace más patente el pulso de cada ciudad.

Paralelamente al grande esfuerzo manual a que acabamos de re-

(1) *Germania*, por Juan Scherr. (Barcelona, 1882).

ferirnos, desarróllanse actividades del espíritu: la filología, la arqueología, las matemáticas y la física. Pero no bastan estos estudios, porque el afán que más altos impulsos promueve en los hombres es el conocimiento y posesión de la verdad, del ser íntimo de las cosas. Santo Tomás, San Buenaventura, Scotto, Raimundo Lulio, dieron satisfacción a tales anhelos. La filosofía escolástica restauró las doctrinas del Estagirita, y en torno de estos grandes temas se movió el pensamiento medioeval.

La santidad es también una planta que echó hondas raíces en el suelo de la Edad Media. Las leyendas de santos ofrecen un verdadero tesoro de poesía. La humildad, el sacrificio, la abnegación, las renunciaciones, el desasirse de todo lo humano y deleznable para darse por entero a Dios, son hermosas virtudes que contemplamos hoy con místico temblor. La vida sencilla, recoleta, abnegada de estos hombres que como San Francisco de Asís se alimentaban de raíces de árboles, porque el espíritu sólo necesita de un pequeño punto físico en que apoyar toda su grandeza, tuvo cálida resonancia más tarde en las vidas de santos o *Flos sanctorum*, y ya en nuestros días casi, en las páginas deliciosas de Flaubert, de Eça de Queiroz y de Anatole France.

Las artes mágicas—«arte vano y quimérico», como pensaban los estoicos y los epicúreos—tuvieron la natural resonancia en la literatura. Vencer la resistencia de las cosas a ir contra sus propias leyes, es un hecho que había de atraer poderosamente la atención de los demás. La magia es la ciencia de lo extraordinario y sobrenatural. Por alto y arbitrario modo dispone del espíritu y de la materia, los cuales desentendiéndose del orden que les fué impuesto, subvienen a la realización de determinados fines. Magos, hadas, hechiceros, brujos, gigantes, sobrepujan con sus artes, hechizos, filtros y bebedizos las fuerzas de la naturaleza. Mueven las rocas, abren las puertas, convierten en tenebroso lo luminoso, allanan los corazones, hacen invulnerables las armas... Encantamientos, brujerías, hechicerías, maleficios, encuentran libre el paso en el espíritu candoroso y asustadizo de los pueblos. Asustadizo, naturalmente, respecto de todo poder sobrenatural o extrahumano. Las artes mágicas, como todo lo que carece de una base científica, sólo podían sojuzgar a los ignorantes. Hoy no hay magos, ni hechiceros ni hadas, ni gigantes y enanos encantadores. El desarrollo de la cultura ha barrido de sobre la haz del mundo civilizado tales prácticas y creencias, que eran, respecto de nuestra península, autóctonas en una pequeña parte. Allí donde aparecen bien arraigadas las creencias católicas, es donde menos prospera la magia y las supersticiones. Por otro lado, nuestro carácter eminentemente realista, tan probado a través de nuestro arte y de nuestra literatura: Velázquez y la novela picaresca, por sólo citar estos dos fuertes ejemplos, repugnaba dichas prácticas. Las tres fuentes principales de donde arrancaron fueron las mitologías griega, germana y escandinava. Las letras se llenaron de estos portentos. El racionalismo es como un lastre del espíritu creador, como unos perdigones de plomo incrustados en sus alas. Me-

dian­te la acción me­su­ra­da y cir­cun­spec­ta del aná­li­sis, las artes má­gi­cas, las su­per­sti­cio­nes, los fil­tros, los he­chizos y en­sal­mos de­ja­ron de ser ele­men­tos vi­vos y ope­ran­tes de la so­ci­e­dad, y sólo que­da­ron co­mo tes­ti­mo­nios en la li­te­ra­tu­ra.

Pues bien, todos estos factores morales y físicos aportados, según vimos, por los pueblos a lo largo de su desenvolvimiento social, impresionaron profundamente la conciencia estética del primer tercio del siglo XIX. Faltó a los románticos, como es natural, la primitiva fragancia con que este mundo de la Edad Media apareció a través de su literatura coetánea. La imposibilidad de tener una interpretación directa de los temas poéticos produce siempre esta situación de inferioridad, que suele verse compensada por una más depurada y brillante ejecución artística, esto es, por un mayor tecnicismo literario. El desarrollo de la cultura quita candor al arte, pero le da más consistencia y plenitud.

Cuanto más distanciados nos hallamos de una época más propensos estamos a idealizarla. Sólo las cosas que tenemos junto a nosotros nos imponen su forma auténtica. Es más fácil idealizar una montaña situada en determinada lejanía que un árbol que podemos tocar con las manos. La distancia en el tiempo o en el espacio contribuye a hacer más vagos o inciertos los contornos de las cosas. Estas, tras de fundirse en nuestro espíritu, adoptan, sin merma de sus caracteres fundamentales, la forma impuesta por nuestro ideal arbitrio.

Los monumentos y las ruinas fueron las dos únicas aportaciones históricas que los románticos pudieron apreciar por sí mismos. Todo lo demás proviene de una asimilación literaria: las ideas, los sentimientos, las costumbres, los usos, el espíritu caballeresco y heroico. Y aunque se haya puesto en duda la propiedad con que se han usado estos recursos—Taine hizo notar los anacronismos morales y materiales de Walter Scott—(1) la verdad es que los autores más diligentes y estudiosos—Goethe, Schiller, Heine—fueron los que más se aproximaron a una veraz reconstrucción histórica.

PEDRO ROMERO MENDOZA

(1) *Historia de la literatura inglesa*. T.º IV.



NUESTROS CLÁSICOS

L A C A L A M I T A

(FRAGMENTO)

Quien ha de tomar mujer

Por su vida,

Tome la más escondida

Para su seguridad,

La que en virtud y en bondad

Fuere criada y nacida.

La muy en mucho tenida

Por hermosa,

Esta diz qu'es peligrosa,

La muy sabida mudable,

La muy rica intolerable,

Soberbia la generosa.

La complida en cualquier cosa

Y acabada,

Menos que todas me agrada,

Porque, según mi pensar,

Mala cosa es de guardar

La de todos deseada.

Bartolomé de TORRES NAHARRO